

## CAPITULO VII.

### EL LIBERALISMO.

El tipo del verdadero liberalismo es el jóven que ha terminado sus estudios y entra en la vida consciente de sí mismo y de su fuerza. La razon que juzga es aún débil en un niño; mas el jóven lanza una mirada segura sobre el horizonte que se abre ante él. Si gusta de *criticar*, no es, á la manera del radical, por el gusto de la destruccion ó la negacion, sino por un ardiente amor á lo verdadero. Su crítica es profundamente positiva y correcta. El radical destruye con la mala cubierta el gérmen fertil; el liberal arroja la corteza y conserva precisamente el fruto. Por otra parte, la crítica liberal no cede en osadía á la radical; remueve y sondea sin temor las más altas cuestiones, no con la ligereza del niño, sino con la decision del hombre; ninguna autoridad le parece tan alta que á ella se someta ciegamente ó la acepte ántes de haber reconocido su legitimidad: pero sabe inclinarse enseguida ante quien lo merece. El radical diviniza arbitrariamente una autoridad determinada, y menosprecia todas las demás; el liberal examina todas las autoridades, para colocarlas segun valor. La verdadera crítica científica, tal cual es representada por Lessing, es sobre todo liberal.

La antigüedad de una institucion jamás es para el liberal una razon para destruirla; no se imagina que el mundo esté por hacer y comience con él; se entusiasma poco de las abstracciones de escuelas ó de un sistema preconcebido; sabe muy bien que la vida no se regula simplemente por deducciones lógicas de axiomas generales; ninguna institucion le parece exenta de toda controversia, ó inviolable hasta el punto de no poder ser mejorada, y se atreve á cortar todo aquéllo que es usado, envejecido é injusto.

En cuanto es posible, prefiere la *reforma* á la revolucion; trata siempre de prevenir ésta mediante aquélla, porque aborrece la violencia; mas en caso de necesidad, y procu-

rando volver lo más pronto á las vías del derecho, no retrocederá ante una revolucion que ha llegado á ser indispensable para una trasformacion necesaria del Estado.

Así es, que Martin Lutero emprendió y condujo con verdadero sentido liberal su gran lucha contra la gerarquía del papa y de los obispos. En relacion con el sistema jurídico de la Edad Media, la reforma alemana podía parecer una revolucion criminal; pero ante el tribunal de la historia era un *desenvolvimiento* necesario.

El liberalismo de Lutero depende á la vez de su actitud contra los radicales, *Carlstad* y *Münster* ó Enrique IV, y de la energía con que quemó el cuerpo del derecho canónico y los comentarios humanos en contradiccion con el Evangelio.

Del mismo modo, el violento *Mirabeau*, á pesar de ciertas tendencias liberales y absolutistas, no es más que un audaz liberal junto al radical abad Sieyes. Mirabeau criticaba sin consideracion las antiguas autoridades, la monarquía despótica y la nobleza egoísta y orgullosa; mas se arrojaba con el corazon de un leon delante de las pasiones radicales que trataban de destruir los fundamentos necesarios del Estado.

Es un gran error echar en cara frecuentemente á los liberales que carecen de energía, puesto que sus principios no son ni absolutos ni exclusivos. Animo viril, calma, conciencia de sí mismo, consagracion á un ideal elevado, es, por el contrario, su gran cualidad. Necesaria es más virtud para moderarse en la lucha que para correr ciegamente á estrellarse contra la dura realidad. La moderacion es la condicion indispensable de una política fecunda en resultados, y lo que hay en esto de censurable procede de haber tomado por liberales á ciertos radicales inconsecuentes.

La primera virilidad se distingue principalmente por el desarrollo de las fuerzas productivas. El jóven tiende á afirmarse, á ocupar su lugar en el mundo, carácter que conservan siempre las naturalezas liberales, siendo el signo más infalible del verdadero liberalismo, la fuerza organizadora que revelan. La mayor parte de los espíritus creadores son liberales, ó brillan por alguna gran cualidad liberal.

La escuela sistemática; la política creadora organiza. Cuando el radicalismo ha destruido el antiguo edificio, y

allanado el terreno, al liberalismo toca reconstruir. Cromwell, al lado de tendencias y de preocupaciones radicales, tenía el conocimiento liberal de las necesidades de la nación inglesa y de la humanidad, y Guillermo d'Orange, á pesar de ciertos hábitos absolutistas, hallábase dotado de una poderosa energía liberal: el genio creador de Alejandro Hamilton, brilla con juvenil vivacidad, y la tranquila prudencia de Whashington, revela un carácter conservador. La historia de Alemania cuenta con un gran número de hombres eminentemente liberales, tales como el rey Enrique I, los emperadores Enrique III y Federico II, y el rey de Prusia Federico II, pudiendo decirse que el pueblo alemán fundó todos sus ideales en el liberalismo. El baron de Stein y Guillermo de Humboldt, fueron eminentes ministros liberales. Schiller glorifica en su *Marqués de Posa* y en su *Guillermo Tell* el ideal liberal de su espíritu, y el mismo Goethe, pesar de ser conservador, ha creado con la inspiración del genio, la naturaleza liberal de *Fausto*.

El liberalismo mira y marcha adelante; pero el porvenir que persigue no es fantástico y remoto como el del radical, sino que trata de realizarlo actualmente, y por consiguiente procura referirlo al presente, y pesa las enseñanzas del pasado. Es grande amigo y rico en ideas; pero ideas fecundas y verdaderas, no abstracciones.

Comparando las principales ideas que agitan á la Europa desde hace un siglo, es fácil convencerse de que todas van del radicalismo al liberalismo. La idea liberal del Estado público ha destronado con razón al *Contrato social* de Juan Jacobo. La libertad radical de la Revolución francesa, era una concepción abstracta que tenía por base y por límite la igualdad matemática, y que era agitada por el arbitrio de todos; la *libertad liberal* tiene sus raíces en la personalidad viva de los individuos y de la nación, y la misma naturaleza es quien la determina y anima. De la misma suerte, la reciente idea de las nacionalidades supone un todo armónico é histórico lleno de vida, y tiene por lo tanto una realidad positiva, que falta por lo común en las concepciones abstractas del siglo pasado. Admiran la diferencia cuando se comparan las ideas de pueblo y de sociedad.

Pero la suprema idea política del liberalismo, no se detiene en el pueblo, sino que va más lejos, pues comprende que las nacionalidades no son otra cosa que miembros de la

humanidad. Según ella, el gran deber del individuo es hacerse altamente humano, ser la expresión noble y fecunda de la humanidad en el mundo, cuyo ideal entusiasmó al genio de los Helenos y la viril ambición de los Romanos. Pero el mundo moderno la concibe de una manera más amplia y más libre todavía, animando hoy un gran espíritu humano toda nuestra civilización, artes y ciencias, instituciones de utilidad pública ó de beneficencia, sociedades y familias, comercio general, vida del Estado y derecho de gentes.

Estas tendencias y derechos modernos hallanse en perfecta armonía con la religión cristiana, aunque otra cosa digan los que se llaman sus únicos representantes. El cristianismo es la religión de la humanidad: la divina caridad de Cristo consuela á todos los que sufren, levanta á los débiles y á los oprimidos, y se consagra y sacrifica por el hombre creado á imagen de Dios: ella ha fecundado al mundo y es la manifestación moral y religiosa de la más pura humanidad. Jesús luchando á la vez contra los Fariseos absolutistas y contra los radicales Saduceos, y trasformando el espíritu de la religión tradicional, á la vez que conservaba sus formas, nos ofrece el tipo eternamente joven del más alto liberalismo, y Pío IX confirma, sin saberlo, que el pontificado se ha apartado del espíritu de su fundador, cuando proclama que no puede reconciliarse con el liberalismo moderno, con el cual se entendería fácilmente Jesús, si volviese á la tierra, puesto que el mismo espíritu de noble humanidad los anima á ambos, dirigiéndose en el uno más al corazón y al sentimiento religioso, y en el otro al espíritu y á la razón temporal.

La humanidad civilizada ha salido de su adolescencia hace cerca de dos siglos, y, sin embargo, dista mucho de haber llegado todavía al apogeo de su vida. Tiene el sentimiento general de los progresos que ha de realizar, y conoce que la realización de su ideal es obra del porvenir; pero la esperanza y la convicción del resultado final ensanchan hoy su corazón y le alientan para proseguir su obra. Su aspecto es brillante como el de un joven, y la alegría, la salud y la vida rebosan en su ser: así, pues, el fondo de su carácter es actualmente liberal, y en vano se ensañan sus enemigos contra el espíritu creador y progresivo que le inspira.

El amor á la libertad, tan poderoso en los primeros mo-

mentos de la edad viril, es igualmente el carácter más acentuado del verdadero liberalismo. El liberal ama la libertad por encima de todo; para él, ser libre es vivir. Pero no la concibe sin el orden, y sabe que es determinada y limitada por el armónico concierto de las fuerzas que manifiesta. En fin, estima sobre todo la libertad de pensar, porque ésta es la que nos hace imagen de Dios, la que ilumina el mundo.

Pero sabe también que la libertad no es una moneda corriente que pasa de una mano á otra; comprende que es la manifestación y el desarrollo de una fuerza personal; que cada cual puede ser libre, pero sólo en proporción de su valor. Se desconfía pues de las libertades concedidas, y sólo se tiene fe en la libertad innata ó en la conquistada por el trabajo y el esfuerzo. Conoce que la libertad se ensancha con la educación y el ejercicio; que tiene sus legítimos grados, y que masas estúpidas y supersticiosas no podían ser tan libres como una nación viril, acostumbrada á pensar y á querer.

La psicología es una ciencia liberal, y el liberalismo se complace en estudiar al hombre psicológicamente; examina las aptitudes morales de los pueblos y de los individuos, y sabe descubrir en ellos factores determinantes, pareciéndole secundarios los otros elementos. Su clara vista penetra las ocultas fuerzas del espíritu, y establece el principio de que cada uno se gobierna según su naturaleza y su carácter.

Reconoce de buen grado el verdadero mérito, pero denuncia sin piedad al malvado ó al hipócrita poderoso, siendo en esto el hombre de la política más bien que del derecho. La más alta política se refiere siempre á la naturaleza, y prosigue sin vacilar los fines naturales de las naciones; marcha adelante, realiza las aspiraciones de los pueblos, descubre los más sazonados frutos del trabajo oculto del espíritu, fecunda y crea; es, pues, esencialmente liberal.

La política liberal es sobre todo activa, y no necesita recibir impulso ajeno, sino que examina y explora por sí y luego obra enérgicamente. Nada más falso que decir como Stahl que los príncipes son por vocación enemigos del liberalismo; por el contrario, la libre iniciativa del rey es naturalmente liberal, y mediante una política también liberal han fundado su poder y su gloria los reyes. Federico el

Grande es bajo este punto de vista el modelo de la monarquía sana y viril de los tiempos modernos.

El ataque del liberalismo no es tumultuoso como el de los radicales; pero pesa con más prudencia los medios y los obstáculos, y su energía es más sostenida y más frecuentes sus triunfos. El radicalismo únicamente sale victorioso en una empresa difícil cuando se deja dirigir por jefes liberales. Obrando con la prudencia de un liberal consiguió el conde de Cavour libertar á la Italia de Austria, y siéndole indispensable el auxilio de Francia, obtuvo su alianza sin someterse á ella, y concluyó por asegurar la grandeza de su país á pesar de los deseos de Napoleón III. La atrevida campaña de Garibaldi á Nápoles y á Sicilia, emprendida de acuerdo con Cavour, obtuvo un éxito tan rápido porque el terreno estaba preparado políticamente: por el contrario, las dos campañas que éste general hizo contra Roma, fiado en el poder de una idea y en el entusiasmo de sus voluntarios, tiene un carácter más radical que liberal y se malograron por la fuerza mal apreciada de las relaciones reales.

La concepción liberal del Estado tiene un carácter psicológico. La sencilla idea de la antigüedad «que Dios gobierna el Estado directamente por signos y milagros ó indirectamente por sus sacerdotes», le parece una puerilidad que la experiencia y la crítica rechazan; pero rechaza igualmente la concepción radical que hace del Estado un sistema abstracto de principios lógicos. El Estado es, según el liberalismo, un organismo vivo, animado por el espíritu y el carácter de la nación. Así, el Estado liberal es siempre un Estado público, dotado de órganos vivos que protegen la libertad de todos.

La idea de que solo la autoridad hace la ley y de que la ley es la voluntad arbitraria de los individuos son igualmente extrañas al liberalismo. Para él la ley es la alta expresión de la voluntad una de la nación, y por consiguiente, todos los miembros de esta deben tomar parte en su formación, cada uno según su importancia con relación al todo. La constitución representativa es, pues, un progreso liberal y un sistema muy superior, ya á los órdenes de la Edad Media que ponían todo el poder en manos de la aristocracia, ya á las asambleas populares de la antigüedad poco capaces de deliberar y siempre necesariamente incompletas.

La participación de los ciudadanos en la justicia por medio de los jurados y de los *schöffers*, y en la administración por medio de las funciones gratuitas y honoríficas, ó por la *self-administración* de los cantones y de los municipios, son igualmente instituciones liberales, que abren un campo libre á las fuerzas vivas de la nación, y que refieren el derecho y la libertad al deber y á los intereses.

Nos hallamos al principio del desarrollo liberal del mundo, y las apasionadas resistencias de las tradiciones ó de los principios, los errores y los atrevidos experimentos lo dificultan aún con demasiada frecuencia. Violentas oscilaciones nos agitan desde hace un siglo; pero los progresos realizados son una garantía de la futura victoria del principio político liberal, y de un desarrollo del Estado moderno más grandioso y más libre que las formaciones hasta hoy conocidas.

El liberalismo tal como acabamos de definirlo, difiere notablemente de lo que por lo comun se llama así en nuestros días. Los partidos liberales de Europa ó de América, unos se hallan muy mezclados de elementos radicales, y otros se distinguen más por su moderación que por su valor. Las grandes cualidades del liberalismo se encuentran á veces en el individuo; casi nunca en todo un partido. Pero sería á la vez útil y glorioso que grupos enteros persiguiesen este tipo ideal de viril y fecunda juventud, y se desprendieran de la perniciosa influencia de las prácticas radicales. Este progreso se realiza, sin embargo, de una manera sensible, y se maravilla uno cuando compara, por ejemplo, las cortes españolas de 1812 con las de 1871.

## CAPITULO VIII.

### LOS CONSERVADORES.

Ménos brillante que el joven liberal, el conservador tiene más calma, solidez y áun vigor. Es el hombre de treinta á cuarenta años, ménos ocupado en adquirir nuevos bienes que en mejorar y extender los que posee. Este hombre tiene su hogar, su familia, su profesion, pero conservándolos, los desarrolla ó perfecciona, siendo igualmente viril y activo.

Producir y conservar son los dos polos del gobierno divino del mundo, y de la misma suerte determinan en el Estado dos fuerzas masculinas: la fuerza liberal que crea, y la conservadora que conserva. El exclusivo dominio de la una turbaría la paz y el tranquilo goce de las cosas, ó dificultaría el progreso y el desarrollo espléndido de las aptitudes.

Pero la humanidad hállase todavía en su período de crecimiento: ábrese ante ella por todas partes un inmenso campo de acción y producción, y solamente en siglos todavía muy lejanos alcanzará su edad madura, se hará conservadora en su conjunto, y darán todos sus frutos las ideas conservadoras. Esta sólo ha tenido hasta hoy una importancia relativamente subordinada.

El espíritu conservador tiene ménos génio, pero más prudencia que el liberal: sus conocimientos y experiencia más extensos le hacen ménos entusiasta, no porque desprecie las ideas, sino porque ve mejor las cosas y las dificultades que ofrece la realización de un tipo ideal. Observa profundamente á los hombres y las relaciones humanas hasta en sus últimos epliegues como experimentado conocedor, y un rasgo imperceptible basta á veces para revelar le las más secretas intenciones. El sabio Salomón es un gran tipo conservador; la más alta diplomacia es conservadora.

Aunque ménos fecundo en ideas, el conservador sabe comprender el genio liberal, y le apoya con gusto, cuando ve en él designios realizables. Sin embargo, ciertas ideas son específicamente conservadoras, y más generalmente cultivadas por las naturalezas de este género.

La piedad es en primer término la hermosa expresion del alma conservadora. La verdadera piedad sólo se aplica á las cosas dignas de respeto, porque ellas aseguran la union íntima de la vida y afirman por sus lazos misteriosos el orden moral del mundo: tal es la piedad del niño, del discípulo, del protegido ó del donatario hácia los padres, el maestro, el autor ó el bienhechor. Pero la piedad se dirige igualmente á las grandes instituciones. La Iglesia y la patria tienen ámbas derecho á la piedad de sus hijos. Esta gran virtud relaciona siempre el inferior al superior, y santifica y ennoblece la relacion.

El principio de fidelidad se aproxima á este. Los Romanos estimaban sobre todo la piedad; los Germanos la fidelidad. Este segundo principio domina notablemente en las formaciones de la Edad Media. La piedad revela ante todo el necesario poder de las leyes morales y religiosas; la fidelidad tiene principalmente su origen en la libre voluntad de los individuos, en el juramento y el homenaje, un carácter político más marcado, como que nace del espíritu de libertad. Guardadora de la fé libremente prometida, es la ley íntima de los contratos: la voluntad libre y liberal crea la obligacion del contrato; el espíritu conservador de la fidelidad la guarda y asegura.

El liberal ama sobre todo la libertad; el conservador el derecho, cuyo respeto es su fin supremo. Y como el derecho, da fuerza y estabilidad á las relaciones reconocidas necesarias, asegura el mantenimiento de las cosas, previene las destrucciones y refrena las pasiones, porque la nocion conservadora del derecho tiene otro carácter que la idea liberal del mismo. Esta prefiere fundarle filosófica y psicológicamente, partir de los talentos individuales, hacer progresar el derecho, realizar en éste su ideal y proteger el derecho que se está formando. El conservador, por el contrario, fija principalmente su atencion en el derecho histórico, explica por el pasado el derecho existente, y considera sagrada la forma tradicional. Savigny y su escuela tienen este carácter conservador. Pero el principio conserva-

dor deja de ser una buena ley cuando no conoce otra fuente de derecho que el pasado, cuando, segun la expresion del poeta, «el derecho es un mal hereditario que se trasmite de edad en edad.» El verdadero conservador debe reconocer el desarrollo incesante y las nuevas formaciones del derecho, y si defiende el derecho establecido, es contra los ataques y las innovaciones precipitadas, procurando, en cuanto le es posible, referir á él el derecho nuevo y evitar toda brusca ruptura.

Los legisladores son por lo comun liberales, y los grandes jurisconsultos, conservadores en su mayoría. Poco amigo de innovaciones, el jurisconsulto pone de manifiesto el derecho que ha tomado una forma acabada, al cual solamente reconoce una autoridad obligatoria para todos, y por él protege la propiedad, los contratos y la familia, esos bienes preciosos de la vida privada. El derecho de sucesion que trasmite á los hijos las adquisiciones de los padres tiene un marcado carácter conservador. En el derecho público igualmente, los conservadores aman sobre todo las tradiciones seguras y la estabilidad de las instituciones jurídicas.

El conservador tiene además un profundo sentimiento del deber. El derecho mantiene principalmente el orden externo; el deber cumplido da la armonía interna del espíritu. El sentimiento del deber ensancha y fecunda la beneficencia, la asistencia á los pobres y la consagracion al bien público. Más severo, más mesurado y más prosáico que el amor al prójimo, no es ménos útil que éste al bien general, puesto que conserva lo que el otro ha producido.

El conservador estudia con gusto la historia, esa custodia de los hechos pasados. La vida del hombre maduro es casi una historia, y es por lo tanto, más apto para comprender la de los demás. Tucídides, Tácito, Juan de Millan, Niebuhr y Ranke son conservadores.

Pero el espíritu conservador no es exclusivamente realista, ni el espíritu liberal idealista: ámbos conocen que es necesario unir lo útil y lo ideal, solamente que se colocan bajo diferente punto de vista; el uno parte de la idea y la demuestra por la realidad; el otro parte de la realidad y busca la idea que la anima.

De esta manera juzgan los hombres. El conservador considera primero los caracteres externos, la nacionalidad,

la clase, la familia, la profesion, la fortuna, el rango, en una palabra, lo que nosotros llamamos la raza; y sólo en segundo término considera el espíritu y el carácter individual. La raza es visible y fácil de reconocer, la individualidad es oculta: y el hombre maduro sabe que es muy fácil engañarse en la apreciacion de los individuos. Muchos absolutistas sólo consideran la raza, y prefieren un noble cualquiera al burgués de más mérito. El conservador se guarda bien de llegar á este extremo: comprende que el valor de cada uno depende más del individuo que de la raza, y estima en mucho los talentos; pero aguarda á que se manifiesten en actos y puedan así reconocerse fácilmente: mientras tanto se atiende con preferencia á la raza. En suma, procede con más prudencia que el liberal que, importándole poco la raza, cree tener un ojo bien certero para descubrir al primer golpe de vista los méritos individuales, y que por temor de dejarse imponer por la nobleza de sangre, considera que todo hombre puede clasificarse de primera intencion segun su mérito individual.

Jesús nos ha dado quizá el más admirable ejemplo de la manera liberal de juzgar á los hombres: eligió á sus discípulos en las clases inferiores, pero casi todos eran individualmente notables por su carácter ó por su inteligencia. De la misma manera Shakespeare revela su gran espíritu liberal cuando hace figurar en sus dramas con una libertad y un poder soberano á los personajes más diversos, pero siempre individualmente caracterizados. Por el contrario, el prudente procedimiento conservador se reconoce en Wellington en el comercio con los hombres y en la eleccion del gran conservador Washington.

El Estado ordenado de la Edad Media era un sistema más conservador que la forma liberal del Estado representativo moderno, y era porque se había desarrollado al fin del siglo XIII en el período conservador de esta gran edad. La había precedido un período más liberal, y le siguió otro absolutista. El poder de la raza llegó á su apogeo en los órdenes, cada uno de los cuales conservaba su carácter, su independencia y sus derechos tradicionales. El Estado inglés con sus grandes familias nobles y su importante *gentry* tiene todavía este sello conservador, que no se encuentra ya en la república norteamericana. El espíritu conservador es favorable al poder de las familias distinguidas y

guarda piadosamente las instituciones tradicionales: sin rechazar las exigencias y los progresos de los nuevos tiempos, quiere que el movimiento hácia el porvenir respete los derechos del pasado (1).

Es bueno inspirarse en las ideas liberales cuando se quiere romper con el pasado; sin embargo, jefes ó partidos conservadores logran con frecuencia hacer innovaciones felices sin grandes rompimientos y con las mayores consideraciones hácia lo antiguo. Los ministros conservadores de Inglaterra han realizado muchas reformas liberales; pero es siempre útil que los conservadores obren de acuerdo con los liberales para que sus reformas no carezcan de energía, y no concedan demasiada importancia á las prácticas antiguas.

Los principios conservadores tienen su aplicacion natural despues de una revolucion ó de una trasformacion profunda, cuando se trata de conservar las conquistas hechas y de preservarlas contra nuevos abusos. Los absolutistas se someten á aquellos principios y respetan en ellos la fuerza de la edad madura. Pueden servirles de guía y de barrera como el liberalismo á los radicales.

Por lo demás hay entre los liberales y los conservadores un estrecho parentesco. La fecundidad viril de los primeros responde á la también viril custodia de los segundos, y el génio de los unos á la prudencia de los otros. El liberal tiene el ardor del entusiasmo y de la voluntad; el conservador la nobleza de alma y el sentimiento del deber. No habrá entre ellos lucha á muerte, siendo más bien cuestiones de oportunidad ó de personas las que los separan: pueden por lo tanto transigir y entenderse sin faltar á sus principios y aún con gran provecho de todos.

El conservador es poco agresivo; su fuerza es principalmente la defensiva; pero en caso necesario sabe tomar la ofensiva para defenderse. La política y las guerras de Inglaterra tienen generalmente este carácter conservador.

De igual manera, como conservador hizo Washington la guerra de la independencia, y hombres de Estado conservadores fueron *Pitt* el jóven y *Roberto Peel* en Inglaterra,

(1) G. Frantz, *Kritik alles Parteien*. Berlin, 1862; llama conservador lo que nosotros llamamos absolutista, cuando dice que «el mantenimiento del statu quo» es el principio de la escuela conservadora.

*Casimiro Perier* y *Guizot* en Francia, *Kaunitz* y *Stadion* en Austria, *Münster Handenberg* y *Radowitz* en Alemania y *César Balbi* y *Menabrea* en Italia. El mismo conde de *Bismark* pertenece más bien á esta clase aunque haya transformado la Alemania: sus primeros esfuerzos tendieron sobre todo á conservar y engrandecer el Estado prusiano, y sólo despues de haberse asegurado de la fuerza de ésta, aceptó las ideas liberales modernas, el principio de las nacionalidades y la forma representativa. Sus tendencias personales eran y son todavía favorables á las ideas de raza; pero sus maravillosas facultades de análisis y de observacion le hacen comprender la importancia actual de la clase media, y le han atraído muchas individualidades notables que no deben nada á la cuna. Un liberal no habría construido jamás el Imperio alemán con elementos tan varios, con tanto respeto á las situaciones tradicionales y aún á las antiguas preocupaciones: esta construccion mixta no podía haberse emprendido con éxito más que por un conservador. Véase como el liberal *Alejandro Hamilton* concibe y cumple de otra manera su mision en América. El conde Bismark procede á la manera conservadora: ve primero los hechos y las realidades, y de ellos pasa á las ideas. Sólo recuerda el espíritu liberal por ciertos rasgos, por las palabras de génio que á veces lanza como puntos luminosos en las discusiones y por las irrupciones violentas de su voluntad de hierro.

## CAPITULO IX.

### EL ABSOLUTISMO

El absolutismo corresponde al hombre anciano; sus cualidades son las del sexagenario. Las fuerzas femeninas y receptivas han invadido poco á poco las fuerzas masculinas; la vida descende y se aproxima á su fin.

Esto no es decir que deje siempre de producir el hombre anciano. Gran número de poetas, de escritores, de artistas y de sabios han producido, hasta en su vejez, obras admirables; políticos y generales septuagenarios han obtenido magníficos triunfos. Los talentos radicales, el génio liberal, la prudencia conservadora de una naturaleza individual persisten con frecuencia á pesar de los años; pero la edad no da estas cualidades á quien ya no las poseía, y trae consigo otras que, por estimables que sean, tienen, sin embargo, ménos valor.

Lo que le caracteriza en primer término es la perfeccion y la habilidad de la forma, con lo que pretende encubrir la debilidad de las fuerzas activas. Esta cualidad es la que en las cortes y en los salones da por lo comun la superioridad á la antigua nobleza sobre los advenedizos más inteligentes; la nobleza sabe mejor representar, sus maneras son más finas, más seguras y más conscientes. La importancia que se daba á las antiguas formas y á la práctica del mundo explica en parte el gran número de diplomáticos célebres de los tiempos anteriores y los triunfos de Talleyrand, su maestro. Nadie dirige mejor las fiestas y las ceremonias que un hombre montado á la antigua.

El gusto y la habilidad de la forma se presentan, ora con una inexorable tenacidad, ora con un abandono fácil y benévolo; pero nótese en ellas la falta de espíritu y á veces está en contradiccion con éste.

El estilo anticuado que reinó en Europa desde mediados del siglo XVI hasta el XVIII pertenece al segundo género.